

—Hay sáballo, carne de boruga y picadilla de corazón.

Pedí el primero, con huevo, y me asaltó el recuerdo de Angélica, que se demoraba mezclando el ají y la fariña en la sopa mientras evocaba la jornada del día anterior, recuerdos de su infancia o alguna lectura que adornaba con su ingenio para disimular el olvido. Solíamos pedir un huevo frito adicional en los almuerzos. Qué rico un huevito, bromeaba.

Cuando me sirvieron el plato vi acercarse a Morales acompañado por una mujer con aires de gringa trotamundos.

—Ella quiere hablar contigo —dijo en tono quedo.

Me animaron el escote y los labios voluptuosos, pero al instante presentí problemas, que no me dan tregua ni un día.

—¿Qué necesita? —dije antipático.

—Coma tranquilo y luego hablamos —dijo en perfecto español, con un remoto acento andino.

Difícil comer tranquilo bajo su mirada inquisitiva. Me atoré con una espina, y para disimularlo zampé un sorbo largo de limonada (agua puerca con dulce) que derramé por la nariz mientras tosía.

—Qué paisano —dijo Morales como para darme ánimos— ¿se te atoró una espina?

—Necesito hablar con Virgilio.

—Aquí lo espero —dijo la mujer garabateando un papel que me entregó.

Fuimos con mi amigo a una taberna sofocante en el malecón y pedimos cerveza.

—¿Y esa qué quiere? —indagué.

—Qué se yo, solo me pidió que te buscara.

—¿Cómo así que vas trayéndome a la primera que aparece?

—Fresco tigre, ¿otra?

—No tengo plata.

—Tranquilo.

—¡Ah, te pagó, desgraciado! Entonces usted ahora me vende, Virgilio Iscariote.

—Aproveche que es bonita y paga bien. ¡Negra, dame otras dos!

—Donde sea pa' problemas te capo, Morales.

Me hice avisar en la recepción del hotel.

—Que siga —dijo el joven con expresión lela que intentaba ser pícara.

Me recibió envuelta en una toalla roja y chorreando agua, pero me sorprendió más la forma en que se desplazaba por la habitación, como si fuera parte del aire, como una serpiente marina danzando en la corriente.

—Estaba duchándome. Espere mientras me visto.

Cuando se alejaba, la toalla se desató y noté que tenía una mantis tatuada en el costado izquierdo.

—Una cicatriz —dijo buscando mi mirada— de cuando dios me extirpó una costilla para crear a la humanidad.

—Pues hizo un caldo venenoso —dije arrepintiéndome, como tantas veces, de mis respuestas insípidas.

Me quedé frente a la ventana, observando las lanchas que cortaban el reflejo de un atardecer sangriento en el río.

—Dígame qué quiere —pregunté cuando salió del baño.

—Busco a Severin y usted sabe dónde está.

—¿Para qué lo busca?

—Asuntos personales.

Dudé un instante y sin pensarlo dije:

—Supongo que está en El Elíseo.

—Entonces vaya conmigo a buscarlo.

—Mire niña, en este pueblo sobran los guías y yo ando muy ocupado como para resolver problemas de sábanas.

—No hable mierda que sé que está sin trabajo y sin plata. Vea nada más donde come.

—Yo como donde se me da la gana.

—Le pago cien mil el día si va conmigo.

—Doscientos. Y no quiero problemas para mi amigo.

—Mañana salimos. Me visto y vamos a comprar lo que se necesite.

Bajamos al puerto. Compramos hamacas, maletas, nylon, linternas, toldillos, machetes, anzuelos, sogas, mecheras, alcohol, navajas, botas, agujas, tabaco, cuchillos, ollas, mantas, sal, hilo, cucharas, y no sé por qué le dio por comprar un ágata, un jade y una amatista que exhibían artesanos en una esquina. Cuando fuimos por la remesa se desató un aguacero que nos relegó a la entrada de la plaza de mercado, en donde los viandantes se detenían a comer huevo cocido con ají. Todos los puestos estaban ya vacíos y un charco de aguasangre que recorría el espacio emanaba un hedor insoportable a carne podrida y a verdura podrida y a pescado podrido. En la plaza solo había un borracho que babeaba y miraba desafiante con los ojos inyectados, una anciana cargando un bulto de yuca y una perra recién parida, con la placenta aún colgándole y tirada al lado de una de las neveras vacías y desconectadas. La mujer quiso salir, pero yo preferí aguantar la fétida y espesa atmósfera de la plaza a empaparme bajo la lluvia, que azotaba el techo de zinc e inundaba la acera. Esperamos unos minutos, y aunque el temporal no mermaba, de improviso me agarró del brazo y me arrastró a la calle.

—No soporto esa hediondez —gritaba para hacerse oír.

Había más agua que aire en el ambiente. Íbamos atravesando el parque cuando un apagón eléctrico, precedido por un trueno que sacudió la tierra, dejó al pueblo en penumbras. La mujer sacó una linterna e iluminó su rostro, y solo hasta ese momento noté que su expresión felina me era familiar, que la había visto en sueños o en otra vida o en alguna esquina de alguna ciudad o en algún cruce de algún camino. Sentí frío y miedo entremezclados, temblé y me refugié bajo un árbol.

—La acompaño al hotel y paso mañana a las seis.

—No, no me deje sola.

La vi indefensa, frágil, como una niña extraviada en medio de la multitud. Sentí compasión y un oculto deseo de dormir a su lado.

Me duché y me tiré a fumar en un sofá. Cuando se durmió me detuve a mirarla largo rato; me hacía pensar en un ave enjaulada que sueña con el bosque. Deambulé por la habitación hasta bien entrada la madrugada y me recosté a esperar el amanecer en el sofá, en donde me asaltó el sueño.

Soñé con Angélica. Camino de noche por una trocha amplia y después de pasar por una quebrada veo una guará que cruza corriendo el sendero. Me detengo a observar por dónde va y noto que ha trazado un camino perpendicular a la trocha. Sigo por ese camino, esquivando bejucos, lianas y arbustos espinosos, y llego a un descampado en donde se alza una construcción asimétrica de madera, sin paredes, de dos o tres plantas. Allí es de día. Hay varias personas, desnudas y haciendo malabares. Voy al fogón, en donde hierve una olla inmensa. Me acerco y atizo el fuego, que se alza varios metros, y veo llegar a dos jóvenes cargando un caimán de la talla de un hombre. Arréglalo, me dicen ofreciéndome un cuchillo. Abro al animal, saco las vísceras, y aparece Angélica cargando un tigrillo en sus hombros. Yo lo lavo, dice, pero llévate la cabeza; ya ves, si no hubieras seguido a esta guará (acaricia al tigrillo), el caimán se habría comido al pescado y a la gente.

Desperté sobresaltado, intentando recordar detalles del sueño. La mujer me observaba sentada, fumando y murmurando.

—Estabas hablando en sueños.

—Me suele pasar.

—Yo estoy lista. Arréglate y nos vamos.

Subimos al colectivo que va al kilómetro 18. Cuando cogimos la carretera la mujer tuvo un ligero estremecimiento.

—¿Qué soñabas? —tenía los ojos aguados.

—Que estaba en el monte.

—Mira, Tarapacá a 175 kilómetros. Podríamos seguir hasta el Putumayo.

—Hasta donde me han dicho, muchacha, esta vía no va más allá de 70 kilómetros. Además, después del 20 no es más que un camino escarpado de tierra rojiza.

—Dime Beatriz, no muchacha.

—Beatriz.

—¡Por aquí! —gritó cuando llegamos a la entrada de Santa María de los Lagos.

—¡Pero acá no es!

—Tengo un asunto pendiente.

Caminamos hasta el final de la vía a Los Lagos. En el camino nos cruzábamos con grupos de niños que nos miraban con desconfianza y curiosidad, y la mujer se detenía a comprar frutos de canangucho para todos. Cuando cruzamos el colegio nos encontramos a un hombre que fumaba sentado y con una bolsa de tela a su lado.

—¿Ahí está? —preguntó la mujer.

—Aquí está.

—¿Y la canoa?

—Abajo.

—Vamos a dejar aquí las maletas —dijo Beatriz mirándome— y a dar un paseíto.

—¿Como adónde o a qué?

—Debo hacer una ofrenda.

Dejamos las maletas en un rancho y bajamos a la orilla de los lagos. Cuando el hombre alzó la bolsa, noté que algo se sacudía y gruñía adentro.

Nos embarcamos en una balsa pequeña. Remamos en silencio por cosa de dos horas, adentrándonos en la selva inundada y volviendo a salir.

—La última vez la vi por aquí —dijo el hombre cuando nos acercamos a un cananguchal.

Nos detuvimos y Beatriz notó mi ansiedad.

—Cuando era niña una chucha me atacó en la noche —me mostró una cicatriz que recorría su fémur—. Mis padres me llevaron donde una anciana, que me curó con aceite de boa. Desde entonces tengo pesadillas, la anaconda viene a cobrarme. Siempre he sabido que tengo una deuda por saldar y que Yacumama no perdona ni olvida.

Un borboteo en el agua la interrumpió.

—Vámonos —dijo el hombre inquieto. Beatriz abrió la bolsa y sacó una zarigüeya con los ojos y el hocico cosidos, que se retorció. La lanzó con fuerza al agua y vimos cómo un oleaje la absorbía—. Remen despacio y callados.

La canoa se ladeaba, el agua estaba agitada y una bandada de mochileros gritaba imitando a todas las aves de la selva. Sentí mareo y opresión en el pecho. Remamos unos quinientos metros y las aguas se calmaron.

—Supongo que la próxima carne de sus oblaciones seré yo —dije a la mujer cuando llegamos a la orilla, presintiendo que nos observaban y que, además de la chucha, Beatriz había arrojado otro animal al agua.

Volvimos sobre nuestros pasos y nos detuvimos en una tienda de la comunidad a comer pan con gaseosa.

—Tenía sustito el niño, ¿cierto? —me desafió.

—Sí, pero también curiosidad. Supongo que ahora podemos seguir nuestro camino.

—No. Tengo varias cosas que hacer antes de entrar.

—Entonces sigue sola.

—Te estoy pagando y ya te comprometiste.

No era el dinero lo que me unía a aquella mujer. A ratos sentía que me atraía, no solo por sus ojos color esmeralda y su figura armoniosa, sino también por ese dejo de misterio y sensualidad de su voz.

Antes de llegar al cruce de carreteras dobló a la izquierda.

—Por ahí es el basurero —le dije.

—Para allá vamos.

El camino estaba plagado de desperdicios. Caminamos cerca de media hora, espantando a los gallinazos y las ratas. Al final nos topamos con una montaña de basura de unos cinco metros de altura que se proyectaba hasta donde llegaba la vista y despedía un hedor nauseabundo, en la cual varias personas escarbaban.

—Este sí que es el pulmón del mundo —dije.

Beatriz parecía inquieta. Trataba de identificar los rostros de las personas. Caminamos otro trecho y llegamos a una serie de ranchos de cartón y aluminio, frente a los cuales un grupo de niños jugaba con perros sarnosos.

—Espérame aquí.

Se detuvo en la entrada de uno de los ranchos y gritó un nombre. Un anciano salió, sonrió al verla y la invitó a entrar abrazándola. Esperé unos cuarenta minutos.

—Ese hombre —dijo cuando nos reencontramos— se crio en el monte. Vivió solo y cultivando unos treinta años. Pero tumbó tanta selva que la curupira y los guardianes empezaron a perseguirlo. Enviaban víboras a su rancho, plagas a los cultivos, secaban sus pozos, enfermaban a sus animales. Hizo entonces el voto de vivir en el mundo civilizado, entre comillas. Y aquí lo tienes, en este basurero. Dice que los chulos son menos despreciables que la mayoría de la gente y que la ciudad apesta más que las montañas de basura. Vine a dejarle plata, porque vive de la venta de artesanías que hace con materiales reciclados, pero nadie en este pueblo se le acerca. Su maldición es ser un paria, la gente le tiene asco y miedo, y tal vez respeto. También lee las cartas, por eso demoré. Nos auguró un buen camino, pero dijo que habría problemas.

Ya estaba atardeciendo. Volvimos a la carretera y doblamos por la vía a San Marcos. La entrada a El Elíseo seguía aplazándose.

—Esta noche nos quedamos aquí —dijo Beatriz— y mañana salimos temprano.

Entramos a Marysol, el motel en donde los amantes clandestinos huyen de las miradas de un pueblo que por el tedio se solaza con la intimidad ajena. En la recepción había pantallas proyectando pornografía y un hombre durmiendo. Lo despertamos y pedimos una habitación, en donde descargamos el equipaje.

—Has sido todo un galán —me dijo sonriendo y sacando la navaja— pero si intentas algo te capo. Voy a dormir un rato y en la noche salimos.

A eso de las diez el suelo empezó a retumbar.

—Ya empezó el show —dijo Beatriz desperezándose—. Vamos a divertirnos un rato.

—Yo no frecuento lupanares.

—No te estoy preguntando.

Nos duchamos y salimos rumbo a Boruguitas Show, el burdel que anima las noches del kilómetro cuatro. Cuando entramos el establecimiento estaba casi vacío; solo un par de hombres gordos respondían con carcajadas al bullicio de la música electrónica y miraban con lascivia a dos mujeres que bailaban desnudas, mientras que en un amplio sofá las chicas se limaban las uñas y charlaban. Beatriz pidió una botella de aguardiente y empezó a tomar en silencio. Yo tampoco hablaba; nos mirábamos a los ojos y sonreíamos. Al cabo de un rato su mirada empezó a escrutar entre las luces de neón y yo me concentré en el rostro desahuciado de las bailarinas.

—Ahí está ese desgraciado —dijo levantándose y dirigiéndose a la barra. La vi hablar con un hombre y recibir un sobre.

—Vámonos ya —dijo al volver a la mesa.

Caminamos hacia el motel a través de una llovizna menuda.

—No entiendo qué es lo que quieres de mí —dije quitándome los zapatos en la habitación—. Pareces conocer esta vía mejor que yo, cada quinientos metros encuentras conocidos e intrigas.

—Eres una especie de carnada para encontrar a Severino, no te ofendas. Sé que te estima y que tú conoces a quienes nos pueden dar pistas. Pero antes quiero averiguar un asunto y no quiero estar sola. Ahora vamos a salir, pero tienes que prometerme que guardarás silencio. No te va a pasar nada, aunque se trata de algo peligroso.

—Ya me estoy cansando de tus maquinaciones. Puedes quedarte con tu plata, yo me voy.

—Mira esto —abrió el sobre que le entregaron en el prostíbulo—. Pagué mucho por estas fotos.

Me mostró una serie de fotografías de personas vendadas y amarradas.



—Son los experimentos que hacen aquí. Vamos a ir al laboratorio.

—Yo no quiero problemas —en el fondo estaba intrigado.

—Es el mochacabezas. Ya habrás oído algo al respecto.

—No creo en esos cuentos.

—¡Entonces dime qué es esto! —agitaba las fotografías en mi rostro.

Habíamos dejado en Boruguitas la botella de aguardiente casi llena, así que su frenesí no era producto del alcohol. Empecé a dudar de su cordura y a temerle, pero la curiosidad y el hechizo de sus ojos verdes me seguían atando a ella.

Cuando salimos la llovizna no había cesado. Caminamos en silencio hasta la comunidad de San Marcos, en donde entramos como almas en pena que deambulan por las sombras. Ni siquiera los perros parecían percibirnos. Íbamos con las linternas apagadas, y en un cruce chocamos con Alcides, que pareció espantado al vernos.

—¿Qué haces aquí? —susurró.

—Hago una caminata nocturna con la señorita.

—¡Helena, sí que eres ingrata!

—Ay Alcides, discúlpame, pero he estado muy ocupada —dijo sonriendo Helena o Beatriz o como se llamara.

—Voy al mambeadero de don Augusto, vamos.

—Ahora no podemos, Alcides —Helena hablaba entrecortado—, de regreso pasamos.

Aunque había hablado por mí, y aunque yo prefería departir con el abuelo a seguir los desvaríos de la mujer, diez minutos después me vi tomando una trocha angosta que empezaba al final de la comunidad.

—¿Cuántos nombres tienes? —le pregunté mientras andábamos.

—Tantos nombres como personalidades.

Cada vez me inquietaba más. La trocha nos arrojó a una construcción sólida custodiada por soldados.

—¿Sabes por qué se hizo este batallón? —dijo susurrando.

—No creo que se necesiten razones. En este pueblo hay más fuerza pública que civiles.

—¡Piensa un poco! Estamos al lado del aeropuerto. Este terreno fue hurtado al resguardo o al municipio, qué sé yo, pero es un punto estratégico. Aquí hacen los envíos secretos para Norteamérica y Europa. Quiero ver cómo funciona esta maquinaria macabra.

—Mira, estar de incógnitos en un batallón no me parece una idea muy sana.

—No seas cobarde. Vamos.

Caminamos escondidos entre la maleza y los árboles. En el batallón entrenaban, y las ráfagas de metralla se unían al estribillo de grillos, ranas y cigarras.

—Aquí es el laboratorio del mochacabezas —dijo cuando salimos del batallón.

—¡Pero si esta es la universidad! —ya estaba convencido de que la mujer padecía serios trastornos.

—Esto no es ninguna universidad, es un centro administrativo y de gestión de recursos. Mira, sé muy bien que aquí traen a la gente que secuestran, les extraen los sesos y hacen un licuado, que mezclan con vísceras de pescado y hojas de coca. Con esa mezcla hacen suplementos proteínicos para el ganado de los gringos. Ni para qué te digo qué hacen con los demás órganos.

Jamás había escuchado tantos disparates, pero decidí acompañar a la mujer en sus extravagancias solo porque me divertía y empezaba a tenerle cariño.

Detrás de unas cuantas construcciones había una parcela de monte intacto. Ladeamos un chuquial y percibí aterrado luces blancas e intermitentes entre los árboles. Beatriz sacó una cámara fotográfica y empezó a disparar flashes cuyos destellos nos dejaron ver una figura que corría entre los árboles y desaparecía.

—¡Yo sabía, yo sabía! —susurraba frenética— Adelantémonos un poco.

Oculta entre los arbustos había una compuerta. Beatriz siguió tomando fotos y trató de abrirla. El concierto de insectos nocturnos se calló y escuchamos rugidos y gritos y vimos ojos que brillaban entre las sombras.

—Corramos —dijo Helena.

Ya en el camino de regreso la mujer se detuvo, me dio un puño con ternura y me abrazó y besó largamente.

—No sabes lo importante que es esto para mí. Mañana vamos por Severino y volvemos a resolver todo esto.

—Yo no tengo interés en estos asuntos —mentí—. Si quieres problemas resuélvelos sola.

Volvimos a San Marcos y entramos al mambeadero de don Augusto, que cantaba acompañado por Alcides y dos jóvenes. Beatriz le ofreció una bolsa de tabaco y le dijo que estaba en problemas. El abuelo aspiró rapé, guardó silencio un rato y se acercó a ella.

—Los problemas no le llegan, usted los está buscando.

—Sigo los dictados de mi conciencia, abuelo, quiero hacer el bien.

—Tiene que cuidarse... el mal también le habla a uno.

—¿Y cómo lo identifico, abuelo?

—Usted tiene que saber de dónde vienen las cosas, para dónde van. Si usted va a buscar venganza, el padre creador se la devuelve; si va a dar gracias, la recompensa.

—¿Y si no encuentro a quien busco?

—Entonces está buscando por donde no es. Si usted busca es porque la están esperando.

En el camino al motel no nos dirigimos la palabra. Cuando se desnudó para dormir noté que la mantis tatuada se había desplazado del costado hacia su vientre y que atrapaba a otra mantis, más pequeña, que no había advertido antes. Atribuí esa ilusión al cansancio y al cúmulo de confusiones de ese día.

Tuve un sueño corto e inquieto. Caminamos con Angélica y Beatriz por entre el monte, pero el suelo es una capa de basura. A lado y lado hay militares apuntando con ametralladoras. Nos desviamos del camino y llegamos a un arroyo, a cuya vera un anciano arroja cartas. Helena se sumerge en el agua mientras Angélica y yo nos acercamos al hombre. Mire bien, me dice señalando una carta en donde las imágenes se mueven, como en una película; un engendro con brazos y tentáculos salta entre árboles persiguiendo

churucos. Atrapa a uno, lo devora y se transforma en bejuco. Tenga cuidado con lo que persigue, dice el anciano.

Desperté con hambre y caí en la cuenta de que no habíamos comido prácticamente nada el día anterior. Beatriz miraba las fotografías que había tomado.

—Sigues hablando en sueños.

—Tenemos que salir ya para llegar de día.

—Soñé que me zambullía en un arroyo repleto de temblones, pero no me hacían daño, y luego veía que tú en la orilla cincelabas una lápida con mi nombre.

Era domingo, y desde muy temprano la carretera estaba invadida por camionetas con música estridente que hacían paradas en las ventas de sancocho y pescado asado. Caminamos hasta el kilómetro seis por la vía señalizada con letreros del tipo “Balneario tal cosa”, “Reserva tal otra” o “Indígenas huitoto”, “Indígenas ticuna”.

—Esto es el colmo —dijo Beatriz sacando el machete de su maleta—. Estos imbéciles tratan a los paisanos como si fueran piezas de museo o de zoológico. Ni siquiera escriben bien los nombres de las etnias —se arrojó contra un letrero al lado de la comunidad de San Juan, que decía “Indígenas huitoto”, y lo cogió a machetazos gritando “¡Hijueputas ignorantes!”. Como era de esperar, a los pocos minutos llegó un par de policías atraídos por el escándalo de la mujer y por el círculo de curiosos que nos rodeaban y reían.

—Señorita, acompáñenos a la estación.

—Estoy expresando mi indignación por este atropello, señores. Mejor sigan su camino y yo me voy —les alargó con disimulo y expresión coqueta unos cuantos billetes. Los policías dudaron un instante, le arrebataron la plata y se fueron.

Fuimos a comer un par de gamitanas asadas y nos topamos con Morales, para dicha mía.

—¿Y qué, paisano? ¿Muy peligrosa la mujercita? —dijo riendo mientras Beatriz se lavaba las manos.

—Más que un mico con machete. ¿Qué andas haciendo, Virgilio?

—Estoy repartiendo el ambil para el baile de don Elías. Ahorita voy adonde Toño y luego adonde el abuelo Saúl.

—Bueno, pues haz lo tuyo y ve con nosotros a El Elíseo. Esta vieja tiene un tornillo flojo y prefiero estar acompañado. Yo la convenzo para que te pague.

—Espérame donde el abuelo, pues.

El abuelo tejía caraná mientras su mujer asaba pescado. Frente a la casa había extendidos unos treinta paños. Charlamos un rato mientras llegaba Morales, le comentamos nuestro proyecto e insinuamos algo de las peripecias del día anterior.

—Ustedes están buscando lo que no se les ha perdido.

—Déjame hablar a solas con el abuelo —me dijo Beatriz.

Cuando llegó Virgilio el abuelo estaba en su mambeadero curando a Beatriz con tabaco.

—¿Ya le hablaste?

—No le he dicho nada, pero si ella no te paga, yo te pago. ¿Ya estás listo?

—Tengo que ir al once.

Morales dio el ambil al abuelo y recibió una cucharada de mambe.

—Cúidese de espinas y bejucos —advirtió a la mujer cuando salimos.

—Virgilio va a ir con nosotros —dije a Beatriz—. Él sabe más del monte. Supongo que le puedes reconocer algo.

—Divide tu salario con él. Tú eres el de la idea.

—No hay problema.

—Vamos primero al ocho.

—¿A qué? ¿A oler mierda de ganado?

—A comer mierda de ganado.

Entramos a una hacienda del kilómetro ocho. La mujer quería recolectar hongos. Saltamos la valla de alambre de púas y nos sentamos con Virgilio a fumar bajo una ceiba mientras Helena hacía su cosecha.

—¿Qué le parece esto? —dije a Virgilio— Donde antes había selva ahora hay un potrero que las reses dejan estéril, hectáreas y hectáreas de propiedad privada y yerma, un cagadero en donde esta desquiciada busca con qué alucinar.

—Lo que me preocupa es la hora, paisano. A este paso no vamos a llegar a El Elíseo de día.

Iba a responderle que esperaríamos hasta el día siguiente cuando escuché tiros de escopeta y vi a Beatriz corriendo hacia nosotros.

—¡Estos malparidos me quieren matar! ¡Salgamos rápido!

Cargué el equipaje y salimos corriendo hacia la carretera. Las reses, alteradas por los disparos y los gritos, empezaron a perseguirnos y habrían alcanzado a Beatriz, que a la postre vestía de rojo, si no hubiera trepado a un guamo. A lo lejos divisamos a dos hombres a caballo que cargaban escopetas y pistolas.

—¡Esto es propiedad privada! —gritaban— ¡Si vuelve a aparecerse por aquí la llenamos de plomo!

Cuando los animales y los hombres se calmaron y alejaron, Beatriz bajó del árbol y se acercó a Morales y a mí con paso cansino y riendo.

—Igual me comí los hongos, así les duela a esos desgraciados.

Caminamos hasta la comunidad del kilómetro once, que celebraba su aniversario. En la cancha los jóvenes bailaban reggaetón y cumbia peruana mientras en la maloca se preparaba un baile tradicional. Había turistas por doquier tomando fotos y cargando latas de cerveza. Fuimos con Virgilio a repartir el ambil, tarea que nos tomó el resto de la tarde. Donde Wilmer celebraban el cumpleaños de su hijo; nos ofrecieron sancocho y casabe, y luego cada invitado cortó un mechón del niño en el que había un dulce

amarrado. Pidieron a Beatriz que hiciera el corte final, y dejó la cabeza del pequeño llena de parches irregulares de pelo. Donde Armando nos sentamos a ensayar canciones con un primo suyo que acababa de llegar de La Chorrera. Donde don Ismael hacían mambe, y nos quedamos pilando y repitiendo las canciones que habíamos aprendido. Donde Víctor tomaban cachaza, y no quisieron que nos fuéramos hasta vaciar dos botellas. Donde doña Eugenia tosté fariña mientras Virgilio coqueteaba con sus hijas. Donde Rogelio remendamos los trajes que se iban a exhibir en el baile, que no dejaba de ser un espectáculo para los turistas. Donde Lisandro machacaban asaí, y de puro maldadoso ofreció a Beatriz, que competía con los cachaceros profesionales y mareaba con su tufo; la mujer prefirió seguir a Joaquín, que apenas se sostenía de la borrachera, a sacar mojoy, que luego repartieron a cuanta persona encontraban en el camino. Donde Juan entrenaban capoeira, y Helena nos retuvo hasta bien entrada la noche intentando aprender algunos pasos. Donde doña Isabel, finalmente, intentamos arreglar la antena del televisor antes de que empezara su programa de concurso, pero solo conseguimos hacer un corto circuito y recibir descargas eléctricas que nos dejaron atontados y calmaron la embriaguez de Beatriz. El tiempo parecía alongarse y la entrada a El Elíseo seguía aplazándose.

Fuimos a la maloca, en donde los cantos tradicionales se mezclaban con el vallenato que retumbaba afuera, en la cancha. Desde cualquier ángulo los turistas disparaban flashes. En cierto momento doña Alcira se acercó a un cretino español que estaba a mi lado y le dijo que las luces molestaban su vista, que dejara de tomar fotos, que el blanco solo venía a burlarse de la tradición. El muy estúpido empezó a mofarse de la anciana diciendo que eso no la iba a matar, que posara para él, que estábamos en el siglo XXI, y siguió disparando su cámara fotográfica.

—Dejemos que las hormigas le enseñen modales a este hijueputa —dije a Morales.

Cogimos al hombre, lo sacamos de la maloca, le arrebatamos la cámara, que estrellamos contra el suelo, y lo llevamos a la oscuridad, entre los árboles, en donde lo dejamos amarrado.

Dormimos en casa de Albeiro. Sueño que estoy en una loma desde la que se divisa un llano por el que se proyecta un hilo de sangre. En el horizonte hay una cierva herida, que corre tropezándose. Una bandada de azulejos

emerge del suelo y se transforma en un claro que anega el llano. Del agua surge Angélica y lava mi rostro. Ya limpié la sangre, dice, ve y cura a la cierva.

En la madrugada los gritos de Samuel nos despertaron.

—¡Albeiro! ¡Lo mataron! ¡Esos hijueputas mataron a mi hermano!

Estaba ebrio, descalzo y con la ropa llena de barro.

—El múrui nunca perdona. Yo a esos malparidos los mato.

Pensé por un momento que Samuel revivía en su borrachera un homicidio del pasado.

—¿Cómo así, Samuel?

—Lo mataron, a mi hermano, lo mataron. Yo había soñado eso, yo soñé que había un morrocoy en una fosa... y era mi hermano que lo mataron.

—¿Y cuándo lo mataron, Samuel?

—Lo mataron ayer, esos hijueputas lo mataron, lo acabo de encontrar, todo hecho pedazos, mi hermano.

Morales hizo café, cocinó el fiambre y emprendimos, por fin, la entrada a El Elíseo. Nos despedimos de Albeiro y de Samuel y esperamos al borde de la vía el colectivo que nos llevaba al kilómetro 18. Había manchas de sangre en la entrada a la comunidad.

—Ayer había unos niños jugando en la carretera —nos dijo doña Eugenia— y pasó un desgraciado en moto y cogió a uno, y David, todo borracho, rompió una botella y se la hundió al tipo en el pecho, uy, eso fue horrible.

Beatriz clavó su mirada en mí. Hizo un puchero, luego sonrió y contuvo las lágrimas que asomaban en sus ojos.

“ENTRADA TROCHA A EL ELÍSEO”. Jamás unas letras impresas en hojalata me habían alegrado tanto en la vida. Al tomar la trocha sentí que el miedo, la basura, la sangre, los disparos y todas las confusiones que había experimentado quedaban atrás, como maldiciones inherentes a esa carretera que se proyectaba como símbolo de un mundo creado por un dios o un azar



perverso. Íbamos Virgilio al frente, la mujer en medio y yo en la retaguardia. Caminamos en silencio, a buen paso, hasta llegar a El Sufragio, una quebrada cristalina en donde nos detuvimos a comer. Beatriz hundió los pies descalzos en el agua y se enjuagó el rostro.

—Desde muy joven —dijo con gesto de niña desamparada— he tenido la impresión de que la muerte me persigue, que llevo la desgracia por donde vaya.

—Pues deje que el monte le cure esos males —dijo Virgilio.

—Además, la pelona nos respira a todos en la nuca, mujer, solo hace falta estar vivo —le dije.

—Fumemos y no hablemos más de esas cosas —propuso Virgilio.

—Quiero andar sola un rato. Tómense su tiempo, yo los espero en la próxima quebrada.

—Ponte las botas —le advirtió Morales.

Nos quedamos descansando con Virgilio y al cabo de un rato el viento empezó a sacudir las copas de los árboles, se escucharon truenos a lo lejos, el cielo se opacó y las aves se alborotaron.

—Uy, paisano, nos tocó escamparnos en Rancho Verde.

Cuando emprendimos la caminata escuchamos los gritos de la mujer, que nos llamaba pidiendo auxilio. Corrimos resbalando por el fango hasta que la encontramos, deshecha en llanto y tirada al borde del camino.

—¡Inútiles! Los estoy llamando desde hace rato.

La había mordido una serpiente y tenía el pie derecho hinchado y moreteado.

—Hazle un torniquete y chúpale la herida —dijo Morales después de examinarla—. Parece que no le inyectó mucho veneno.

Exploró el terreno, machete en mano, y encontró una jergón a pocos metros, enroscada y camuflada entre la hojarasca. De un tajo le cortó la cabeza, le sacó el cerebro, lo mezcló con la bilis y dio a tomar el menjunje a Beatriz.

—Tiene que estar calmada, mujer... Mierda, le dije que se pusiera botas.

—Ayúdenme, me voy a morir.

—No se va a morir, esté tranquila que los nervios sí la matan.

—Si me muero —me dijo— busca una bolsa roja que hay en mi mochila y entrégasela a Severin. Dile que ya lo perdoné y que me perdone él a mí. Déjenme enterrada aquí.

—No te vas a morir —dije con el mismo tono de melodrama.

La tormenta se desató y cargamos a Beatriz hasta un rancho abandonado a mitad del camino. Tenía fiebre y temblores, pero Morales parecía optimista.

—Dejémosla que duerma. Vas a ver que mañana va a estar bien.

Oscureció muy temprano y llovió toda la noche. Fui a pescar mientras Virgilio cuidaba a la mujer, que dormía y parecía tener un sueño turbado. Al cabo de unas tres horas llegué con un par de sabaletas, un dormilón y una pirañita. Destrozamos parte del rancho para hacer fuego, preparamos caldo, despertamos a la mujer para que comiera, y nos sentamos en silencio frente a la hoguera cuando volvió a dormirse.

—Vamo' a mambear, paisano —dijo Morales, ofreciéndome ambil.

Recordamos las canciones que aprendimos con el primo de Armando y pasada la medianoche Virgilio entonó sus cantos.

Dormí poco y tuve un sueño largo. De nuevo en una trocha, camino y empiezo a oír cantos cuando se hace de noche. Llego a una maloca en donde celebran un baile, saludo a varios conocidos, bailo, reparten la comida, voy a cortar una vara, sigo bailando. Después de comer los niños van a las hamacas. Entra un tigrillo a la maloca, uniéndose al corro. Luego una guara con sus crías. En las vigas cuelgan micos perezosos. Los humanos siguen bailando, uniéndose a una manada de venados. Hay guacamayas, loros, paujiles, golondrinas, mochileros, tucanes y chenchenas revoloteando. Los abuelos, en el mambeadero, ríen y acogen a un tigre que atraviesa la maloca con paso altivo. Entra una danta, seguida por borugas y churucos. Uno de los abuelos se transforma en pantera negra e inicia un baile en el que los depredadores entonan las canciones y las presas responden. Un ejército de hormigas se une al baile. Los humanos corren al mambeadero, y cuando chupan ambil

sus cabezas adquieren formas animales. Afuera se desata una tormenta y las paredes de la maloca empiezan a moverse, los troncos se vuelven costillares y en el mambeadero los elementos adquieren vida y se transforman en la cabeza de una boa enorme, que devora a todos, animales y humanos. En el interior de la anaconda escucho la voz de Angélica y veo su rostro en la oscuridad. Tranquilo, me dice, nada más chupa tu ambil. Busca el machete, vamos a salir y a ver amanecer en el río.

Desperté antes de que amaneciera. La mujer dormía bocarriba, inmóvil; su pie ya no estaba hinchado y respiraba a buen ritmo. Sobre los ojos tenía el jade y la amatista, y sobre el pecho el ágata. Hice fuego para el café y me detuve a observar cómo la niebla se desvanecía con la luz del alba.

—¿Y entonces? —me saludó Morales— ¿Nos devolvemos o qué?

—Esperemos a que Beatriz se despierte. Ahí hay tinto.

La mujer se despertó debilitada, muy pálida y de buen humor. No quiso que regresáramos, por más que insistimos, así que tomamos el caldo que había sobrado y emprendimos de nuevo la marcha.

—Ya ves cómo me burlo de la muerte —dijo riendo.

—No te tomes esas cosas de chiste —le respondió Morales—. Estuviste de buenas.

Nos costó todo el día llegar a El Elíseo. Cada doscientos o trescientos metros la mujer se detenía a descansar, a tomar agua y a secarse el sudor. En cierto momento advertí que la mantis estaba ya sobre su pecho y que había devorado casi completamente a la otra mantis.

—¿Ven que tenía razón? —dijo cuando paramos en un abrevadero—. La muerte anda detrás de mí. Admiro y agradezco su valor y compañía. Con plata no les puedo pagar lo que han hecho. De esas cosas se encarga dios.

—Uy Virgilio, tremendo deudor que tenemos —dije esquivando las miradas de reprobación.

Llegamos al rancho de Arsenio cuando estaba anocheciendo. Nos recibió con sancocho y revisó la herida de Beatriz.

—Esta mujer tiene un ángel, hermano.

No tenía idea de Severino. Lo había visto hacía cosa de un mes.

—Vayan a descansar. Yo mañana los subo adonde Eladio a ver si lo encuentran.

Antes de que amaneciera encendimos el fogón e hicimos desayuno. Charlamos un rato y en cuanto aclaró subimos por el río atravesando la niebla. Llegamos cuando el sol ya estaba alto y encontramos a Eladio rozando la periferia de su rancho.

—¡Uy, hermano, ahora san Pedro caga amigos! —gritó al vernos.

Tampoco tenía noticias de Severino.

—Miren a este atrevido —dijo mostrándonos un pintadillo de casi metro y medio—. Casi me manda al agua anoche, entonces yo ahora lo mando a la olla. Vayan a la chagra por yuca.

Fuimos con Virgilio, y al llegar quedamos admirados por la extensión de tierra sembrada, que se perdía en el horizonte. Cogimos yuca, ñame, piña y aguacate. Tomamos la misma trocha por la que entramos, pero después de diez minutos de caminar llegamos de nuevo a la chagra.

—Cogimos por otra trocha, Virgilio.

—Es la misma, mira aquí los retoños de chontaduro.

Nos devolvimos y llegamos al mismo punto. Atravesamos la chagra, de varias hectáreas, y cogimos por otro camino, que nos arrojó al mismo lugar.

—Esta puta chagra es un laberinto —dijo Virgilio confundido.

Volvimos a la trocha que llegaba a los retoños de chontaduro. La atravesamos y volvimos al punto de partida. Así estuvimos por cosa de dos horas, explorando caminos que atravesaban quebradas que nunca había visto cuando visitaba a Eladio y que, indefectiblemente, nos llevaban a la chagra.

Nos sentamos rendidos y al cabo de un rato escuchamos a Eladio que venía cantando por la trocha de los retoños de chontaduro.

—¿Y ustedes qué? ¿Se quedaron a esperar que la yuca crezca?

—Deja de mamar gallo, Eladio.

—¡Se perdieron! Ah, es que es por eso que ni los micos caremierda vienen a joder mi chagra.

Nos condujo hasta el rancho por el mismo camino que habíamos atravesado incontables veces. Después de preparar el almuerzo estuvimos ayudándole a rozar y rastrillar el resto de la tarde, preguntándonos cómo hacía para jugar con el espacio este hombre que cultivaba solo hectáreas enteras.

—A ese man se lo tragó la manigua, mejor cásele conmigo —le dijo riendo Eladio a Beatriz mientras cenábamos—. Mañana vamos al templo, él me dijo hace como tres semanas que iba a estar allá.

Subimos temprano en canoa. En el templo, una construcción en madera de dos pisos, los hombres jugaban a las cartas mientras las mujeres cocinaban y lavaban ropa.

—Severino cogió para la carretera hace cuatro días —nos dijo Jubel—. Fue con Marcos y Diomedes a ver hasta dónde va el camino y a ver si llegan al Purité. ¿Van a quedarse a almorzar?

Virgilio soltó una carcajada.

—Pues perdimos el tiempo. Nooo, paisano, yo arranco mañana pa' mi casa.

—Si vamos a buen paso los alcanzamos —ordenó, más que propuso, la hechicera de ojos verdes.

Me hacía falta conversar con alguien lúcido, así que propuse a Jubel ir a pescar después de almorzar. Llevaba un vestido de una sola pieza, verde, con figuras que recordaban visiones de ayahuasca. La había conocido hacía dos años, la primera vez que entramos con Severino a El Elíseo, y desde nuestra primera conversación supe que era mi Diotima, la sibilina por la que me había internado en la selva buscándola sin saberlo.

—Si vieras por las que he pasado. Ya ni sé si creérmelo.

—¿Te está pagando?

—Sí, pero no es por eso que estoy con ella.

—¿Te gusta?

—Siento que me maneja a su antojo.

—Entonces eres muy pendejo.

—No, no es eso... Creo que debo ir con ella, aunque no tenga sentido.

—Mira, nadie sabe qué sentido tiene lo que pasa. ¿Vas a ir con ella?

—No me queda opción. Ya llegué hasta aquí, hay que terminar lo que se empieza, ¿no?

—¿Y tus sueños?

—Siempre con Angélica.

—No te quise decir frente a los otros, pero ella salió con Severino. ¿Vas a ir?

—Nada de esto tiene sentido, nada de lo que ha pasado tiene sentido. Mañana cojo para esa vía de mierda, que no va a Tarapacá ni al Purité ni a ningún sitio, a ver si encuentro a Severino, o a Angélica, o a la muerte, o al menos más extravagancias para contar a los amigos.

Fecha de recepción: 14/11/2013

Fecha de aceptación: 04/01/2014